

EXCELSIOR

Viola, un Nuevo Diplomático

Tiene Influencia Entre dos Países

Por FLAVIO TAVARES, corresponsal de EXCELSIOR

BUENOS AIRES, enero—Como un algodón entre los cristales, Argentina pasa a jugar el papel de elemento moderador entre las tensas relaciones peruano-chilenas. La visita del general Roberto Viola, jefe del Estado Mayor del ejército argentino, a Lima, es quizás la mejor evidencia de ese intento amortiguador.

Viola, quien de hecho comanda al ejército de su país desde que el general Jorge Rafael Videla asumió la Presidencia, hace diez meses, se reveló un hábil negociador político en el plan interno, logrando contemporizar y acomodar las diferentes tendencias en pugna dentro de las fuerzas armadas. Todo hace creer, ahora, que en su inesperado viaje oficial a Perú actúa como un elemento de contención en el vertiginoso crecimiento de exacerbaciones entre los militares peruanos y chilenos, secuela de la "Guerra del Pacífico", cuyas llagas aún no se han cicatrizado y siguen visibles casi un siglo después del conflicto de 1879.

Esa guerra aún no terminó. Sigue viva en el espíritu de los pueblos de dos países: Perú y Bolivia, que la perdieron. Quizás esa guerra, en la que el vencedor absoluto fue Chile, explicó asimismo ciertos detalles de la ferocidad de los militares chilenos, que la reciente historia del derrocamiento del Presidente Salvador Allende hizo presente otra vez.

Hace casi un siglo, las tropas chilenas ocuparon Lima y Perú perdió los territorios salitreros de Tarapacá, mientras que Bolivia fue despojada de su litoral marino. La reciente tentativa boliviana de recuperar una salida al Océano Pacífico —si bien tan solo un angosto corredor— prácticamente se frustró y otra vez el fantasma de una guerra volvió a recorrer Sudamérica. El mismo comandante del ejército boliviano, general Raúl Álvarez Peñaranda, lo advirtió hace poco, al denunciar que "persiste la amenaza de una agresión".

Para los peruanos, esa amenaza no es nueva. En diciembre de 1973 pocos meses después que la Junta Militar chilena asumió el poder, los servicios peruanos de información detectaron

"intentos bélicos" contra su país por parte de "algunos grupos" del nuevo gobierno de Santiago de Chile. Entre diciembre de 1973 y febrero de 1974, las fuerzas armadas peruanas estuvieron prácticamente en estado de alerta.

En las escuelas limeñas y de todo el país, las clases de civismo e historia patria pasaron a poner énfasis en la guerra perdida contra Chile, a evocar a los héroes peruanos en la contienda y a recordar las brutalidades de los ocupantes militares de su ciudad capital. Reales y objetivas, o fantasiosas y especulativas, las amenazas se amainaron, casi desapareciendo a lo largo de los meses siguientes. El gobierno de Pinochet se enfrentaba, entonces, a profundas dificultades internas y quizás le fuese muy difícil —si no realmente imposible— embarcarse en una aventura bélica, sin el consenso de su mismo pueblo.

Las discrepancias entre los gobiernos de Lima y Santiago de Chile, sin embargo, no fueron amortiguadas. La conferencia de los Presidentes de los países sanmartinianos y bolivianos, realizada en Lima en diciembre de 1974, demostró que las relaciones entre Perú y Chile habían llegado a una etapa difícil. El Presidente de Chile, general Augusto Pinochet, desistió en el último momento de concurrir a Lima, bajo el pretexto de que el Canciller de Cuba había sido invitado a la reunión, en calidad de observador y huésped, al igual que todos los ministros de Relaciones Exteriores latinoamericanos.

En calidad de Enviado Especial de EXCELSIOR, estuvimos en Lima, en aquel entonces, y fuimos testigos del frío encuentro entre el entonces Presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, y el almirante Patricio Carvajal, ministro de Relaciones Exteriores de Chile y representante del general Pinochet.

Frente a una decena de periodistas, Velasco Alvarado lo recibió sin sonrisas y sin abrazos, en forma meramente protocolaria, al contrario de lo que había pasado con los otros concurrentes a la reunión.